

RUTH M. LERGA

¡AL SUELO!



¿Deber o placer? Esa es la pregunta del millón para Juanjo.

Debe escoltar a Natalia Miralles y dos cosas se lo está poniendo muy difícil: la corriente de necesidad sensual que parece fluir entre ellos y el comportamiento infantil de ella.

Pero lo que no sabe es que Natalia ha decidido comportarse como una cría hasta que el subinspector la vea como a una mujer, una que va a volverlo loco de deseo.

Juanjo Ríos acaba de ingresar en la Brigada de Escoltas y su VIP, una arquitecta con un cargo importante en *Conselleria*, ha dejado bien claro desde el día uno que no le apetece nada que la vigilen. ¿Y?, a él tampoco le gusta tenerla cerca, de hecho le parece insufrible, y aun así hace su trabajo con disciplina. Así que si no aprende a comportarse por las buenas... quizá, quizá, pida autorización judicial para atarla. A ser posible, al cabezal de su cama. Porque la señorita Miralles será una estirada, pero Juanjo se acostaría con ella con los ojos cerrados. Mentira: bien abiertos, para no perderse detalle.

A Natalia, la idea de estar custodiada veinticuatro horas al día le resulta insoportable, casi tanto como el subinspector Ríos, que de todos los policías de la unidad es, con diferencia, el más capullo. Y es una lástima, porque es también el tío más bueno que ha conocido en años. Qué rabia que él no parezca interesado, porque solicitaría que a él le tocaran siempre los turnos de noche... desnudo y en su dormitorio, a ser posible.

Índice de contenido

Cubierta

¡Al suelo!

Dedicatoria

Advertencia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Esto es lo que te perdiste el día que Paula se coló en la manifestación...

Nota de la autora

Sobre la autora

Notas

*A mi amiga, la preciosa Esther, el pegamento de
las Ketchup*

ADVERTENCIA:

El sistema de organización de vigilancia que presento en esta novela para la Brigada de Escoltas es completamente falso. Os diré que, en función del VIP —la persona a la que se escolta—, de si es o no un cargo político y de la extensión de su jornada, así como de la necesidad de una guarda de veinticuatro horas los siete días de la semana o únicamente durante la jornada laboral, el sistema se organiza de un modo u otro y, creedme, para lo que aquí propongo hacen falta muchísimas más personas y no recibirían el apoyo de Seguridad Ciudadana para ello, a los que en la novela hago pringar los findes.

¿Por qué he decidido inventármelo? ¿Para regalar a Juanjo un horario de ocho horas de lunes a viernes y que pueda ir a clases y aprenda de una vez a bailar kizomba? Naaah.

Es que creo que hay cosas que no necesitamos saber sobre el funcionamiento del Cuerpo Nacional de Policía, menos aún cuando del asunto en cuestión depende la seguridad no solo de los civiles, sino también de los propios agentes.

Llamadlo, pues, pedazo de licencia de autora.

Por cierto, ya que nos sinceramos, el proyecto urbanístico de la Ciudad Universitaria tampoco existe (ouch, cómo soy a veces).

Ruth M. Lerga.

Capítulo 1

Natalia Miralles miraba con rencor hacia la puerta cerrada de su despacho. Desde esa mañana había fuera un policía nacional justo al otro lado, en pie, quieto. Al parecer, estaba «escoltándola». O lo que era lo mismo para ella, vigilándola, fiscalizando cada uno de sus movimientos. A ver, que tampoco era que necesitase esconder una plantación de marihuana en su casa ni tenía la intención de cargarse a alguno de sus exnovios y meterlo en el maletero del coche... Pero, ¡por favor!, que debía avisar incluso cuando iba a hacer pis, como en el colegio. Era incómodo, era un engorro y, según el *conseller* de Política Territorial, Obras Públicas y Movilidad —su jefe directo—, era también estrictamente necesario hasta que la licitación de la nueva Ciudad Universitaria se realizase y adjudicase. Era eso o que atrapasen a un pirado que, hasta donde ella sabía, se dedicaba a enviarle amenazas de muerte sobre el plan urbanístico que en breve saldría a licitación. ¡Ey!, y que al señor amenazador le molestaba todo de lo que tuviera que ver con el proyecto: quién se presentaría, según lo poco que se había apostado o que los propios despachos de arquitectura habían filtrado; el lugar en el que se construirían las nuevas universidades, el destino para el terreno de las antiguas; el precio máximo con el que el pirado especulaba ¡porque es que ni siquiera se había decidido todavía! Vamos que, para su acosador, Natalia no había dado pie con bola.

Bueno, para su acosador *oficial*, si tenía que especificar quién la acosaba, porque, además del tarado que enviaba

cartas a la *Conselleria*, estaba el segundo pelotón de acosadores personales, «El Equipo A»: los tres escoltas que la guardarían mañana, tarde y noche; aún tenía que decidir quién era, como en la serie de los ochenta, el listo, quién el guapo y quién el loco. Los fines de semana serían grupos de Seguridad Ciudadana, significara eso lo que significase, e irían rotando. Había decidido que los de los sábados y domingos serían M.A., esto era, Más Azules, por el color de sus uniformes.

Sus hermanas la habían llamado encantadas con el hecho de que la protegieran y, además, que lo estuviera por —literalmente— hombretones «guapérrimos». Para ella no era tan difícil de entender su disgusto: no le gustaban las legumbres, no le gustaba ir en bicicleta y no le gustaban los policías. Manías suyas.

—¿Qué tal las vacaciones? —le preguntó la enésima compañera que entraba en su despacho aquella mañana a saludarla.

No era tan popular. Era obvio, por tanto, que iban a ver al poli buenorro ubicado a la entrada de su despacho, un tal Puig. Si los otros dos, el de la tarde y el de la noche, eran igual de guapos, iba a tener una procesión infinita de mujeres peregrinando hasta ella día sí, día también.

—Marineras —respondió—. Estuve una semana fondeada en Formentera, aprovechando que mis padres no iban a usar el velero, y después me fui de crucero por las islas griegas.

No le diría que había sido un crucero de solteros, tampoco tenía por qué pregonarlo y, además, se había sentido en una especie de High School Musical, como si todos los pasajeros se hubieran rehormonado como en el instituto.

—Qué envidia, yo me fui al pueblo de mi novio, en la meseta...

Y estuvo diez minutos contándole menudencias antes de marcharse y dejarla trabajar.

Natalia estudió Arquitectura en la Universidad Politécnica. El mejor amigo de la infancia de su padre era Francisco Camps, quien, además de apadrinarla en la pila bautismal, acabó, con los años, convirtiéndose en el Muy Honorable Presidente de la Generalitat Valenciana. Así que, cuando la crisis la dejó sin trabajo, le ofreció un empleo. Tres años después era la máxima responsable de Obras Públicas, solo por debajo del *conseller*. Lo increíble fue que, cuando el Partido Popular perdió las elecciones, el socialista Ximo Puig la confirmase en su puesto, siendo el suyo un cargo de confianza.

Era una privilegiada.

Volvió la vista a los terrenos que tenían que urbanizar, al enorme mapa colgado en la pared, en plena avenida Blasco Ibáñez. El campus universitario de la Universidad de Valencia, el primero de los tres de la ciudad, se proyectó en 1908, aunque dada la inestabilidad política de las siguientes cuatro décadas no fue terminado hasta finales de los cuarenta. Eran varios los edificios señoriales, como el de la Facultad de Medicina, además de la Biblioteca o el Rectorado, los que componían la primera zona académica que tuvo la ciudad. Estaba situada, junto con otros dos campus mucho más modernos y algo apartados de la gran avenida, en la entrada norte, el único acceso «limpio» a Valencia que quedaba, en el sentido de que no tenía municipios adheridos, junto al campo de fútbol del Valencia, el Mestalla. Los atascos solían ser importantes por la mañana, a la hora de entrada de los estudiantes, y a la salida si coincidía con que había partido entre semana, momento en el que conducir por la zona era una condena, así que había llegado el momento de sacar las facultades —el estadio también, pero esa era una cuestión municipal— a la zona de los campus nuevos, y eso requería de dos proyectos diferentes y una inyección de capital importante que implicaría trabajo para mucha gente.

La Ciudad de las Artes y las Ciencias costó mil cien millones y este proyecto llevaba el mismo camino. La Ciudad Universitaria se había convertido en «la niña bonita» de los grandes estudios de arquitectura, tanto nacionales como internacionales, que querían dejar su sello en una ciudad que, con los años, se había ido modernizando y engalanando.

Ahí era donde entraba Natalia: sería la encargada de redactar los pliegos, de valorar los proyectos y señalar los válidos e, incluso, aconsejar cuál debía ser el elegido.

Y un jodido pirado la había tomado con ella.

Volvió a fijar los ojos en la puerta, con rencor, y después miró el reloj. En cuanto acabase lo que tenía en la mesa bajaría a comer, sus tripas le advertían de que necesitaban nuevo combustible para seguir rindiendo.

* * *

—¿Te preparo un café? Todavía tienes diez minutos.

Miró el reloj: pasaban cinco minutos de la una y media.

—En breve muchos entraremos o saldremos del trabajo y el paseo de la Pechina estará hasta arriba de tráfico. Prefiero ir con tiempo. Pero gracias, mamá.

Juanjo, de profesión subinspector Ríos, comenzaba esa tarde en su nuevo puesto en Valencia después de más de dos años trabajando en Castellón. Se había acostumbrado a vivir solo e ir a su ritmo, comer en casa de su madre se le hacía extraño. Pero, un par de meses antes, Carmen había tenido una recaída de su enfermedad de corazón y él había solicitado el traslado de inmediato. Sus padres, ambos, eran mayores y, a pesar de que tenía otros tres hermanos y constituían una familia bien avenida, quería estar cerca y ayudar, así que había aceptado el primer puesto que le habían ofrecido, en el servicio de Escolta, a la espera de que surgiese algo que le gustase más. Era el único Ríos sin pareja, así que, por el momento, comería con ellos a diario y

se aseguraría de que todo fuera como debía. Es decir, bien. El resto también se turnaba para que estuvieran bien atendidos y acompañados el mayor tiempo posible.

Su padre estaba muy orgulloso de la labor de hijos de sus chicos; su madre, en cambio, se sentía agobiada con tanta atención, acostumbrada como había estado desde siempre a preocuparse por ellos, no a ser cuidada.

Juanjo se puso en pie y cogió de la silla la americana. Carmen, presta, le pasó un cepillo por las hombreras, uno que había sacado de un cajón de la cocina nada más verlo entrar.

—Mamá, la chaqueta está impoluta —protestó.

—Ay, hijo, es que estás tan guapo vestido así.

Era la primera vez en dieciséis años que no llevaba la ropa de trabajo. Entró en el Cuerpo poco antes de cumplir los diecinueve y siempre había servido en Seguridad Ciudadana, en una u otra unidad. Su último destino fue como subinspector de Sala, coordinando las llamadas del 091. Siempre había llevado, pues, el uniforme reglamentario.

Ahora, sin embargo, vestiría vaqueros oscuros, camisa blanca, zapatos *chelsea* —los *oxford*, más elegantes, llevaban cordones y no cubrían los tobillos— y americana azul marino. Se sentía ajeno al CNP con esas ropas. Era como si los ochenta hubieran regresado, solo le faltaba cambiar la americana por un *blazer* blanco para parecer Sonny Crockett, el protagonista de «Corrupción en Miami», se quejó para sí. Las gafas estilo aviador eran lo único que mantenía de su atuendo de diario.

Besó a su madre, miró a su padre con perspicacia, convencido de que aquel, tras más de cuarenta años patrullando, pensaría que su hijo iba disfrazado, se despidió hasta el día siguiente y bajó al garaje a por el coche oficial. Había pasado antes por el parque móvil de Zapadores a recoger un «ka»^[1], un vehículo camuflado, dejando allí el suyo hasta que acabase su turno. Para su fortuna, en su casa ya nadie conducía y podía ocupar la plaza cada mediodía. Vivía a

quince minutos de allí conduciendo en dirección este, en el piso de su hermano Alberto, que ahora residía en un espectacular ático en el centro de la ciudad propiedad de Aitana, su novia y médico del Instituto Forense.

Desde casa de sus padres a la *Conselleria* de Vivienda, Obras Públicas y Vertebración del Territorio había otros quince minutos más dirección oeste. Acostumbrado a conducir por dentro de Castellón, una experiencia caótica en la que los intermitentes parecían guardarse para las luces de Navidad, el tráfico de Valencia le hizo sonreír. Le encantaba su punto frenético, donde meter el morro del coche, salir con el semáforo aún en rojo y dar volantazos era la mejor forma de manejarse por la calzada sin que nadie le pitase. Porque hacer sonar el claxon era otra de las normas no escritas de circulación en toda la provincia.

Llegó veinte minutos antes de las dos, su hora de entrada. Aquel primer día había empezado los turnos su jefe, el inspector Marcos Puig, a quien todavía no conocía y quien iría de mañanas esa semana. Tras Juanjo, el oficial Santos sería el hombre de refresco para la noche.

El viernes anterior, su comisario le había entregado una carpeta con los datos de la persona a la que había que escoltar, la VIP, una tal señorita Natalia Miralles, además del informe policial con las amenazas. Eran varias las personas que estaban molestas con ella, al parecer —debía de ser una joyita de mujer, ironizó—, pero había unas amenazas especialmente preocupantes.

Aparcó enfrente del edificio, en el lugar reservado para vehículos oficiales, pasó las medidas de seguridad pertinentes evitando el arco al ir armado, enseñando la placa con discreción al guardia civil que vigilaba la entrada, y subió a la decimotercera planta. Reconoció a su superior por la pose a pesar de no conocerlo y se presentó con un «a sus órdenes», codo flexionado y dedos en la sien en la forma del saludo oficial.

—¿Subinspector Juan José Ríos?

Le tendió la mano en un apretón firme que le dio confianza.

—Juanjo, por favor.

—Bienvenido. ¿Es tu primera vez en Escoltas?

—Así es. —Y le hizo un breve resumen de su carrera.

—Conozco a tu hermano y coincidí con tu padre un par de años en Motos. Compartiendo la misma sangre, no dudo de que me encantará trabajar contigo.

—Señor —repitió, agradecido.

La realidad era que no trabajaría con él, sino para él. Aumentó su agrado hacia el inspector Puig.

—La mañana ha sido tranquila, la VIP no se ha movido del despacho más que en dos ocasiones, ambas al baño. A pesar de ello, no parece llevar muy bien esta situación.

—¿Es la primera vez que sufre amenazas?

—Sí, pero lo que lleva mal es nuestra presencia. —Sonrieron ambos—. Aun así, ha sido correcta y educada. Ha pasado toda la mañana trabajando, ha recibido varias visitas, bastantes en realidad, aunque creo que se debía más a la curiosidad por mi presencia. —A pesar de ser un hombre adulto y acostumbrado como debía de estar a llamar la atención femenina, vio que el inspector Puig se sintió incómodo al decirlo—. Hasta donde sé, comerá algo rápido en la cafetería del edificio y regresará a su despacho hasta que considere. ¿Llevas coche?

—Un k.

—Perfecto, a las diez de la noche Santos te cubrirá. Cualquier cosa, estaré operativo.

Después de un par de instrucciones más se despidió de él, no de la señorita Miralles. Bien, se dijo Juanjo, colocándose al lado de la puerta. Ahí estaba. Ahora a quedarse quieto y a observarlo todo.

Mientras esperaba, localizó las salidas de emergencia, las posibles entradas, las ventanas desde donde podía recibirse un disparo, los despachos colindantes y las caras de quienes salían de estos cuando se hicieron las tres y, en fin,

todo lo que consideró relevante para poder hacer bien su trabajo.

Capítulo 2

A las tres y veinte Natalia abrió la puerta de su despacho, cansada, esperando encontrar al policía treintañero de pelo castaño y los ojos de color verde que se había presentado allí esa mañana. En cambio, había un hombre moreno y de ojos negros; un desconocido de edad similar vestido como el anterior: vaqueros, camisa blanca y americana. Un conjunto sexi en casi cualquier hombre, se dijo secretamente, si tenía el cuerpo que se gastaban este poli y el anterior.

—Señora —la saludó con seriedad. Natalia esquivó su mirada y buscó por el pasillo al tal Puig. Intuitivo el nuevo, se explicó—: El inspector acabó su turno a las dos, desde entonces y hasta las diez, hora en que me sustituirá el oficial Santos, seré yo quien vele por su seguridad. Subinspector Ríos. —Y le tendió la mano.

Le costó unos segundos reaccionar, tiempo en el que el agente, impasible, mantuvo el brazo estirado esperando el estrechón correspondiente.

Finalmente también ella tendió la mano, más que acostumbrada a cerrar tratos con hombres.

—¿Se ha ido sin despedirse?

—¿Quién? —le preguntó Juanjo, desorientado.

—Marcos, el inspector Puig. ¿Se ha ido sin despedirse? Soy señorita, por cierto.

—La nuestra es una labor de protección, señorita Miralles, no diplomática.

—¿Quiere decir que es usted un maleducado?